## Recuerdos Electorales.

Si al insigne Reaumur le hubiesen pedido un termómetro para graduar el calor que se apodera del puel lo soberano en los días de elecciones, creemos que el físico frances habria recurrido en balde al poder de su inventiva i de su ciencia.

Sufragar i traspirar se hacen sinónimos en esos dias de ajitada lucha. Cada sufragante siente convertirse en ascua, tanto su temperamento

físico, cuanto su temperamento moral.

De aquí resulta que el calor sagrado del acto mas solemne de los países rejidos por el sistema representativo, pone a los ciudadanos es-

traordinariamente feos.

Un médico estranjero, que llegase a Chile en dias de elecciones, escribiria sin vacliar, en su primera correspondencia a la sociedad real de que seria corresponsal o correspondiente, esta frase:

«Entre los chilenos reina de un modo sorprendente el temperamento sanguineo-bilioso.»

Porque la animacion electoral, que en pocas horas de combate se torna en zaña electoral, pone a nuestros linfáticos paisanos en el estado de hombres en contacto con una máquina eléctrica ¡de cualquiera parte del cuerpo les pueden salir chispas!

Hablamos aquí, se entiende, de elecciones como las que vimos en la semana última, porque parece escusado decir que nadie se acaloraba en tiempos en que el voto libre obedecia a la

mas perfecta unanimidad.

Algunos inespertos esperaban que el recojimiento místico de la semana santa inspiraria a los electores un espíritu de fraternidad que les haria abrazarse delante de las urnas. El hecho ha sido un poco diverso: los electores se abrazaban, pero con la intencion nada fraternal de reventarse. I si muchos no han estallado, no ha sido por falta de apretarlos. En cambio, no pocos han salido del recinto de la liza, al de las drogas, en demanda de emplastos para curarse de los mojicones republicanos recibidos ántes o despues de emitir sus sufrajios. La sangre de narices, los chichones i los boyazos, han dado a la escena electoral un colorido característico digno de observacion.

Por fin, las urnas han hablado.

La actitud de los chilenos despues de la batalla, tiene gran analojía con el estado en que quedan las olas del mar despues de una tempestad. Las olas no quiebran ya, ni se chocan furiosas, ni levantan al cielo sus blancos penachos de espuma; pero se ajitan todavía i parecen buscar envano el reposo. Es decir : tras del batallar de la eleccion nos quedan los comentarios, las impresiones de las noticias que van llegando a la capital i los recuerdos.

Entre éstos hai algunos dignos de memoria

perpetua.

Los cincuenta mil pesos que algunos patriotas de Valparaiso pusieron de cebo a los empleados para tranquilizarles la conciencia, es un hecho digno de mejor suerte que la que le ha cabido, pero que no le quita su importancia. Si bien es cierto que el espediente no puede aspirar a los honores de la orijinalidad, porque acaba de emplearse en la heroica Polonia i aun en la esclavizada Prusia, debe confesarse que manifiesta el amor de sus autores a la independencia de las ideas. Estamos seguros que si las Camaras no hubiesen interrumpido en esos dias el fuego de su oratoria, no habria faltado quien propusiese hacer estensivo el don reparador de los cincuenta mil a los cívicos de Casablanca, que tan tierno interes inspiraban poco ha a los parleros diputados. Porque si un empleado puede perder su empleo, nadie negará que a un cívico se le puede morir la bestia al dirijirse de su hogar a la urna. De aquí su perfecto derecho a la indemnizacion justiciera del depósito patriótico. El primer abono se llamaria abono de conciencia i el segundo abono de bestia.

Una duda, sin embargo, pudo mui bien haber trabajado el espíritn de los empleados. La ciudad de Valparaiso estaba dividida en tres bandos políticos: el gobiernista, el radical i el nacional, i como el rayo de la destitucion solo podia venir del primero, i era el último el que ofrecia la indemnizacion, faltaba saber si ua empleado que emitiese su voto en favor de los radicales, tendria derecho a su cuota de indepen-

dencia.

Nada decla sobre esto el anuncio de los acaudalados indemnizadores, con lo cual quedaban los sufragantes sujetos a una perplejidad poco ventajosa para los altos fines con que se hizo el depósito. Sea como fuere, se espera que los jenerosos depositantes tendran la satisfacción de haber dado una alta prueba de civismo personal, sin perjuició de sus bienes, pues hasta ahora nada se oye acerca de destituciónes. I a los que intentasen negar el mérito contraido por los depositantes, cualquiera puede contestar que ellos no tienen la culpa si pensaron que la administración presente iba a seguir en las elecciones las mismas huellas de las anteriores.

Otro incidente ocurrido en algunas provincias se hará notable en los anales de las últimas elecciones. Consiste en la decidida aficion que algunos presidentes i vocales de mesas receptoras manifestaron por la sombra. El derecho de cuidarse el cútis es privativo del hombre en jeneral; pero la lei de imprenta, que es atentatoria en varias disposiciones, tuvo mui poco miramiento a ese derecho cuando dijo: «Las mesas se situarán en lugares públicos i accesibles.» Es claro, pues, que esa lei, con el gran sabor de lei mariana que la distingue, tuvo poco reparo en esponer la tez de los miembros de las mesas a los ultrajes de la intemperie. Pero los aficionados a la sombra no quisieron entenderlo así, i colocaron las mesas bajo de techo, al abrigo del sol i en puntos adecuados para votar en familia. Fué preciso todo el poder de los intendentes para hacer que las mesas se resolviesen a dar al acto de la votacion el carácter popular i libre que le asigna la impertinente disposicion legal, que se burló del cuidado que cada hombre puede tener por la conservacion i frescura de su rostro.

La ciudad de Valparaiso que vió desarrollarse en su seno el fenómeno del depósito reparador i el de las mesas sombrias que acabamos de citar, estaba destinada a ser testigo de otro fenómeno electoral mucho mas digno de recordacion. San José, el casto i humilde carpintero de Nazareth, ha tenido la culpa del curioso embrollo, por medio del cual los municipales de nuestro primer puerto, han dado prueba de un injenio casuístico digno de teólogos consumados. Uno de los candidatos, conocido de Chile entero, que le cuenta entre sus mas distinguidos publicistas, obtiene mayoría de votos para ocupar un asiento en la próxima lejislatura. El escrutinio era terminante i abrumador para los municipales encargados de hacerlo. Mas los miembros de ese municipio, no se dieron por abrumados, sino que se propusieron con toda claridad este problema: ¿cómo colocar la corona de esta victoria en las sienes de uno de los nuestros? Un rayo de luz les inspiró el juicio certero de Salomon.

 Que se parta en dos al candidato i verémos si vá a resucitar al congreso, dijeron.

De aquí resultó que don José Victorino Lastarria i don Victorino Lastarria forman dos personas distintas para los municipales de Valparaiso.

Desde el cuento de la burra de Balaam, nada de mas fenomenal se habia visto en el mundo. Las pruebas de prestidijitación parecen esfuerzos de niños, ante el injenioso método inventado por los municipales de Valparaiso para dividir en dos a un candidato, i dejarle, por consiguiente, inutilizado para optar al puesto de lejislador. Cierto es que tan poco tienen en este invento el mérito de la orijinalidad sus autores, como no lo tuvieron los de los cincuenta mil. El sistema de la division, se habia ensayado ántes con buen suceso tratándose de la defensoría de menores. Pero en esta division hubo mas sutileza que talento, puesto que un empleo es cosa inmaterial; miéntras que hacer dos hombres de uno a quienes todos conocen, es una aplicacion felicísima del sabio principio estratéjico que recomienda esta máxima contra el enemigo: divi-

dir para vencer.

Lecc;on es esta que no deben echar en olvido los pad rinos futuros, al par que es un justo castigo de esa manía perniciosa de dotar a los seres humanos con mas de un nombre ¿A qué añadir el José cuando basta con un solo nombre de pila? Buen cuidado tendrán desde ahora en no emplear a José para nada los electores chilenos. Todo hombre, por mas casto que sea, debe, pues, renunciar a llamarse José, cuando tenga intencion de aceptar una candidatura. El primer parrafo de su profesion política debe principiar por estas palabras: Señores electores, no soi José, ni nada que se le parezca, i si alguno de mis conciudadanos sufragantes me descubre algo de José, consiento en que me partan a la usanza del municipio porteño.»

En otros departamentos, o mas bien dicho, en muchos departamentos, los partidarios del antiguo réjimen han descubierto que no se necesita ser santo, ni tener olores de tal, sinó el olor que se les antoje, para practicar el milagro de

la resurreccion.

En Santiago solo, varias mesas han sacado muchos Lázaros del sepulcro i les han recordado en nombre del partido en peligro, que ántes de ser muertos han sido ciudadanos activos, i que deben al honor de sus huesos el acudir a las urnas para acreditar su espíritu nacional.

Si como dijo un padre a su hijo para instruirle en la significacion de las voces, que obras póstumas son aquellas que escribe un autor despues de muerto, claro está que de hoi en adelante debe llamarse voto postumo el sufrajio que emite un elector despues que lo han enterrado.

¡Dura exijencia la de los intereses políticos que vá a turbar el sueño eterno de ciudadanos que esperaban ya verse libres de compromisos!

Habria un modo de evitar esta profanacion, i es el de agregar a la lei un artículo que obligue o todo testador el dejar un codicilo que contenga su voto para las elecciones venideras a la fecha del testamento.

Como el hecho de las resurrecciones es nuevo, o por lo ménos inusitado hasta ahora en las luchas electorales, los amantes de la ciencia social tan de moda en el dia, han aplicado a su exámen la mas prolija observacion. Esta, que es la verdadera fuente de toda ciencia, principia ya a dar sus frutos. Uno de ellos es el de que en la vida eterna los hombres varian con facilidad de convicciones políticas. ¿Qué otra deduccion podria sacarse, en efecto, dicen los doctos filósofos, del hecho muchas veces repetido en las últimas elecciones, de que todo elector resucitado votase por el partido de las mesas (porque esta vez hasta las mesas han tenido su pronunciada opinion política), siendo notorio que muchos de ellos murieron profesando ideas liberales, o por lo ménos contra-decenales?» «Necesario es entónces colejir, agregan, que las opiniones de los hombres adquieren mas alla del sepulcro una ductilidad impropia de nuestro código social, o que en las rejiones eternas rije una moralidad política mui distinta de la nuestra.

De manera que por poco que la práctica de resuscitar electores continue en ejecucion ¡qué luz no puede recojer la ciencia de tan singular fenómeno! i, qué fuerza no adquirirán los partidos que posean el secreto de evocar las personas de los difuntos ciudadanos inscritos en los rejistros! Dejamos esta meditación a cargo de las presentes i de las venideras municipalidades.

Pero si todos, so pena, como dicen vulgarmente, de creer o reventar, han visto emitir su voto a ciudadanos a quienes se creia ya incapaces de emitir nada en este mundo, puesto que habian emitido el último aliento, no han tenido ménos motivos de maravillarse al saber que varios electores vivos i en posesion de su boleto de calificacion, no han podido hacer uso de su derecho electoral.

El caso, sin embargo, es efectivo i real. Existen individuos en Santiago que habiéndose presentado a sufragar con su calificacion en regla, no han encontrado sus nombres inscritos en los rejistros correspondientes.

Esto les ha inducido a pensar que los municipales calificadores, que espidieron esos boletos, o estaban mui distraidos al tiempo de darlos, o estaban demasiado atentos.

Lo primero i lo segundo resuelven igualmente

el problema.

Queda si por decidir cual de las dos faltas es mas puntble.

Distraerse en las mesas calificadoras, bien sea

en el puesto de presidente o en el de vocal, se pone una decidida aficion a las moscas, disculpable cuando mas en un niño de tierna edal.

I sin hacer una hipótesis aventurada, se poede suponer que ninguno de los que compusiron las mesas calificadoras tenia nada de tiema

Ahora, admitir el segundo término del dilen. es decir que los susodichos vocales o preside tes, estaban tan atentos, que quisieron justile al elector la mala pasada de dejarle el montre en blanco, es una dura necesidad paretolo corazon chileno, que debe mirar a los ya suolichos, como personas que presentan a su ousderacion el título de conciudadanos.

Escusable habria sido la falta, si se hubiesen contentado con quitarle o ponerle a un calificado el José, porque el José no estaba entincas tan de mala cuenta como en el dia. Pero noadmite escusa ni paliativo, aunque sea el de la inocente aficion a las moscas, esto de esponer a un hombre a votar en seco, con deliberado proposito

El hecho merece pues reprobacion porque ni siquiera tiene la escusa de ser injenioso.

-¡Vea Ud. qué gracia, decia un chasqueado, de quitarle a uno el nombre : si yo le saco a Ud. el pañuelo del bolsillo cuando esté mirando a otra parte ¿habré inventado un modo nuevo de defraudarle a Ud. de su pañuelo? Claro está que no. Lo mismo es esto: un encargado de apuntar mi nombre no lo apunta par invencion tan nueva para que el nombre no aparezca en el libro!

De lo dicho resulta que ha habido de parte de los municipales de los diversos pueblos de la república, invenciones injeniosas e inven-

ciones sin injenio.

La resurreccion de electores i la teoria del José, pueden contarse entre las primeras. Resucitar jente i partir hombres en dos dejandoles vivos i sin mas lesion que perder un asiento en la Camara, no han sido nunca hechos usuales de los que la imajinacion inventa sin esfuerzo. Son por consiguiente invenciones injeniosas.

Mas no la son ni lo de los cincuenta mil, n la de hacer votar en seco a hombres formales i que se acercan a las urnas en la grata persuasion de sufragar. Ambas son combinaciones bur das, que sus autores no deben confesar ni aun e

el seno de la confianza.

Por lo que hace, empero, a la moralidad de unas i otras invenciones, debe dejarse el cuidado de resolver a la conciencia de aquellos de sus autores que conserven, tras de tanta aitacion i tan prolijos empeños, el uso de ese 5011 FULANO QUIDAM. certero i justiciero.